Alianza Editorial
Estudios

Guillermo Bonfil Batalla

Pensar nuestra cultura

Ensayos

Alianza Editorial

Primera edición: 1991

Portada: Carlos Aguirre

© Guillermo Bonfil Batalla, 1991
© Editorial Patria, S.A. de C.V.,
bajo el sello de Alianza Editorial, 1991
San Lorenzo 160, Col. Cerro de la Estrella
08960 México, D.F.
Tels. 689-6000, 656-1506 y 656-1446

ISBN 968-39-0481-5

Impreso en México/*Printed in Mexico*

ÍNDICE

Introducción 9

Primera parte
Aproximaciones

1. La investigación sobre el pluralismo cultural en América Latina 23
2. Lo propio y lo ajeno. Una aproximación al problema del control cultural 49
3. Los conceptos de diferencia y subordinación en el estudio de las culturas populares 58

Segunda parte
Diversidades

4. Las culturas indias como proyecto civilizatorio 71
5. Civilización y proyecto nacional 88
6. La alternativa del pluralismo cultural 107
7. Pluralismo cultural y cultura nacional 117

Tercera parte
Herencias

8. Nuestro patrimonio cultural: un laberinto de significados . . 127

Capítulo 7

PLURALISMO CULTURAL Y CULTURA NACIONAL

El debate sobre la cultura nacional, tan viejo en México como la idea misma de nación, ha tocado siempre las siguientes cuestiones sin alcanzar a resolverlas de manera satisfactoria:

1. Cómo crear una cultura nacional. La premisa necesaria es que tal cultura *no existe*: es un proyecto al que los habitantes del país se acercarían paulatinamente, unos con mayor celeridad que otros.

2. Cómo integrar en esa cultura nacional los elementos convenientes que procedan de diversas culturas preexistentes. Dado que no se forja en el vacío, los elementos constitutivos iniciales (los ladrillos para edificar la nueva cultura nacional) deben tomarse, en primer término, de las diversas culturas que viven en el país. Como la creación de una cultura no es un proceso natural sino social, esto conlleva la necesidad de decidir, de acuerdo con ciertos criterios, qué tiene valor y qué no lo tiene dentro de los acervos culturales disponibles, con lo que se llega a un punto más del debate:

3. Quién *decide* acerca de la cultura nacional.

Antes de echar una astilla más en la hoguera de la polémica, bien vale la pena hacer alguna referencia a la realidad tal como se nos muestra.

México nunca ha sido culturalmente unificado. No digamos ya desde su constitución como nación independiente. Tampoco desde la imposición del régimen colonial español: hasta donde alcanzan los datos y los indicios de la historia más remota, en el territorio que hoy llamamos México nunca ha existido nada semejante a una cultura única o unificada.

Al parecer, los pueblos expansionistas de la época precolonial, forjadores de vastos dominios que controlaron militar y económicamente,

nunca pusieron particular empeño en alcanzar la unificación cultural de los pueblos dominados. Más bien actuaron a la inglesa, mediante el empleo de una especie de dominio indirecto que se apoyaba en los señores locales, con los que a veces —a diferencia de los ingleses— no dudaban en establecer alianzas matrimoniales. Aunque el idioma nahua alcanzó una amplia difusión como lengua franca, útil sobre todo para el comercio, nada indica que se haya intentado imponerla en sustitución de las centenas de lenguas que seguían empleándose cuando ocurrió la invasión europea.

El régimen colonial, cualquier régimen colonial, es por definición contrario a la unificación cultural. Está en su propia y más profunda naturaleza el marcar y remarcar la diferencia de cultura que separa a los buenos (es decir, los colonizadores) de los malos (esto es, los colonizados). Ideológicamente la empresa colonial se presenta como impulso redentor y civilizador; el colonizador cumple su destino iluminado al conducir por el buen camino a los colonizados. Y el buen camino es sólo uno: el suyo. De ahí la evangelización, la imposición de nuevas formas de familia, de trabajo, de gobierno. Pero todo con límites, porque si culminara la empresa civilizadora, si el salvaje dejara de serlo y el gentil se convirtiera, la colonización perdería su razón de ser, la que la justifica ideológicamente y atenúa los intermitentes atisbos de mala conciencia. De manera que la distinción entre indios y no indios debe seguir, y las medidas indispensables que tienden a facilitar la comunicación y la expropiación del trabajo y sus productos (como la imposición de la lengua dominante) se implantan a la par con otras que actúan en sentido contrario: prohibiciones, como la de dedicarse a ciertas ocupaciones o trasladarse a ciertos sitios, o imposiciones, como la de vestir de tal o cual manera, caminar solamente a pie y pagar el tributo en ciertas especies y no en otras. De alguna forma los indios deben seguir siendo indios (esto es, colonizados) y parecerlo; para nuestra materia esto se traduce como tener una cultura diferente.

No podemos detenernos mucho en la historia. El turbulento siglo pasado en el que se estrenó la nación independiente, escasamente tuvo tiempo para preocuparse de estas cuestiones; el problema mayor era sobrevivir como nación y, naturalmente, estar donde se tomaban las decisiones y se gozaban los privilegios vacantes. Pero el mundo sigue su marcha, y por encima —o por debajo, si se quiere— de facciones, banderías y rivalidades, ocurrían procesos que vienen al caso para nuestro tema. Por ejemplo, el despojo de tierras comunales que eliminó la base territorial y productiva de muchas comunidades indígenas y lanzó a sus integrantes a demostrar ante los ojos del mundo que el liberalismo

económico no era sólo una etapa superior sino también necesaria de la historia. Aunque ellos ni lo creyeran ni lo quisieran y fueran, en cambio, los únicos en pagar los platos rotos. Muchos dejaron, efectivamente, de ser indios; abandonaron su lengua, su indumentaria y su vida en comunidad y fueron a las haciendas o a las ciudades, convertidos en flamantes mexicanos. Engrosaron las filas de los mestizos, cuyos orígenes se remontan a los albores de la colonia, modificaron en algo la manera de expresar su antigua visión del mundo y se dedicaron a crear lo que hoy llamamos las culturas regionales y populares.

La Revolución los recogió a todos y se propuso, explícitamente, construir la cultura nacional mexicana como una síntesis armónica y prometedora del país que renacía. El proyecto ha implicado, como se mencionó, la creación de una cultura nacional a partir de dos herencias fundamentales: la española y la indígena. Este sería un país mestizo, tanto en lo biológico (la raza cósmica) como en lo cultural. Respondería a un nuevo llamado, a las urgencias de una nueva época; sería continuación, pero fundamentalmente creación. La fusión de culturas era, tan sólo, un paso necesario para dar a luz algo totalmente nuevo.

Además del arte, fue el indigenismo la acción revolucionaria a la que se encomendó la creación de la cultura nacional. Más de cincuenta años de política gubernamental encaminada a "incorporar" o a "integrar" a los indios y actualmente hay más hablantes de lenguas indígenas de los que se registraron en 1921. "Los muertos que habéis matado gozan de cabal salud."

El gran recurso, más amplio en escala y en expectativas, fue la educación. Una escuela universal, uniforme para todos los mexicanos, capaz por sí misma de provocar la anhelada unificación cultural. Se ignoró, quizá, que el mensaje educativo, como cualquier otro, produce efectos no sólo en función de quien lo emite sino también de quienes lo reciben. Y que cada quien asimila, interpreta o reinterpreta el mismo mensaje a partir de lo que tiene, es decir, de su propio esquema cultural. De tal manera que a igual mensaje no resulta necesariamente igual efecto. (Dejando de lado la consideración sobre las diferencias y desniveles que hay entre una escuela de monjas de San Ángel y la escuela de un solo maestro en cualquier localidad en la Sierra Mazateca o en los Altos de Chiapas.)

Agreguemos aquí la desigualdad del desarrollo económico que caracteriza al sistema imperante. No sólo hay avance desigual sino, ante todo, empobrecimiento de unos muchos y enriquecimiento de otros cuantos. Enriquecimiento monetario, por supuesto, pero también de oportunidades, de experiencias, de la realidad inmediata que de alguna forma

determina la visión del mundo que cada quien posee. Y esto, no en términos individuales sino en tanto grupos sociales. Muchos vectores apuntaron en contra del impulso revolucionario por construir una cultura nacional.

Pero hay algo más. En una situación como la mexicana, plantear la construcción de una cultura nacional unificada significa, inevitablemente, excluir a la mayoría. Porque esa cultura nacional es proyecto, no realidad presente; porque ese proyecto lo imaginan algunos y lo sostienen otros, pero de ninguna manera recoge la condición cultural de todos y ni siquiera de los que son más; porque, el tanto proyecto propuesto por algunos, implica que todos los demás están fuera, que deben acceder a la cultura nacional porque, como son, no forman parte de ella. Digámoslo así: esta es la cultura nacional, esta es nuestra lengua, estos son nuestros valores, nuestros anhelos, nuestras maneras de actuar y de sentir, nuestra forma distintiva de entender el mundo y de hacer las cosas. Todo esto, que sólo tienen o en lo que creen sólo quienes decidieron el proyecto de la cultura nacional, está ausente en la inmensa mayoría. Para ser mexicanos, en el cabal sentido cultural del término, deben dejar de ser lo que son y adoptar la cultura nacional. La empresa que se echa a cuestas la nación para construirse a sí misma está fuera de toda proporción, porque no se acepta construir con lo que hay, sino a partir de cero. Paradójicamente, pues, la intención de construir una cultura nacional capaz de abarcar a todos los mexicanos, ha resultado ser un mecanismo de exclusión de la mayoría; más todavía, esa exclusión se renueva constantemente, al ritmo en que cambia el proyecto y los contenidos concretos que se proponen para definir la cultura nacional: entre las previsiones de Vasconcelos y las exigencias culturales de un México petrolizado hay tanta distancia como si se tratara de dos culturas diferentes, y las capas, sin duda, cuantiosas, que avanzaron por la senda vasconcelista y sus secuelas están hoy tan lejos del nuevo proyecto de cultura nacional como lo estaban al inicio de la escuela rural mexicana: esos grupos sociales cambiaron, pero cambió más el proyecto de cultura nacional y la distancia entre ambos volvió a establecerse.

El régimen actual (1983) por primera vez, reconoce que México es un país multiétnico y que esa condición debe entenderse como un recurso formidable y nunca como un obstáculo.

Conviene precisar brevemente estos puntos. ¿Por qué la diversidad cultural puede entenderse y gestionarse como un recurso y no como un obstáculo? Pueden aducirse varias razones, pero me concretaré a dos que considero particularmente relevantes. Una cultura es experiencia histórica acumulada; se forja cotidianamente en la solución de los problemas,

grandes o pequeños, que afronta una sociedad. La cultura consta de prácticas probadas y del sistema de conocimientos, ideas, símbolos y emociones que les da coherencia y significado. En este sentido, la existencia de diversas culturas es como un arsenal multiplicado de recursos para la sociedad en su conjunto. La tendencia actual en la formación de una cultura dominante en México (y pongo énfasis al hablar de cultura *dominante* y no de cultura nacional) revela que se trata de una cultura excluyente, no de un proyecto que incorpore la diversidad de experiencias históricas que, por fortuna, todavía están vivas en México. Esto significa, en otros términos, que hemos estado manejando un proyecto cultural que tiende a empobrecer los recursos culturales del país. Tal vez un ejemplo simple ayude a entender mejor lo que intento señalar: los mayas de Quintana Roo saben manejar los recursos de las selva tropical húmeda como parte de su herencia cultural; en el proyecto de cultura nacional vigente, ese conocimiento no es rescatable: ni se incorpora a la nueva cultura nacional, ni se admite que los mayas lo continúen empleando. Esto es, lisa y llanamente, empobrecimiento cultural, y como este caso podrían citarse centenas. Y no se trata de que esas prácticas culturales queden como están (olvidando su congelamiento durante casi cinco siglos de dominación colonial), sino que la construcción de nuestro nuevo manejo de los recursos de la selva tropical húmeda se genere a partir de la experiencia milenaria de los mayas y no, como se ha hecho, mediante un costoso esfuerzo por sustituir esas capacidades por otras que importamos como si partiéramos de cero.

Si vuelvo a un símil burdo diré que para construir el edificio de la cultura mexicana, necesitamos ladrillos (es decir: experiencias culturales existentes): ¿los importamos, como ha sido la tendencia usual, o aprovechamos los que ya están aquí, que son diversos, múltiples, adecuados a situaciones y ambientes concretos y que, finalmente, han probado su eficacia al permitir la sobrevivencia de los pueblos que los han usado? Cultura: capital intangible; pluralidad de culturas: mayor capital disponible.

Un segundo argumento en favor. La construcción del futuro no puede ignorar la situación presente. Seremos, a partir de lo que somos. Y somos un país étnica y culturalmente plural. Queremos un país democrático, en el que todos participen; pero hemos pretendido que millones de mexicanos participen al margen de su cultura, de su realidad histórica, de su forma de existencia social. Es como decir: "Participa, pero antes reniega de ti mismo, muere como experiencia humana; si no lo haces no puedes participar." Voy a esto: la única manera de que un grupo social participe en la construcción de una nueva sociedad, es a partir de su propio ser

histórico y cultural; en ese contexto donde podrá crear, proponer iniciativas, resolver problemas. No hay democracia posible si se niega este derecho primordial. Y cuando afirmo esto, no estoy pensando que las culturas indias, las de los campesinos o las de otros sectores del pueblo mexicano, deban ser siempre tal como son hoy. Toda cultura es dinámica por naturaleza y si muchas culturas tradicionales dan la apariencia de estar estancadas, eso es, ante todo, el resultado de un proceso secular de dominación que les ha negado cualquier espacio y cualquier posibilidad de desarrollo propio. Pero la potencialidad existe y el problema no está en la diversidad sino en que se ha impedido el florecimiento de esa diversidad.

La cultura nacional no puede ser otra cosa que la organización de nuestras capacidades para convivir en una sociedad pluricultural, diversificada, en la que cada grupo portador de una cultura histórica pueda desarrollarse y desarrollarla al máximo de su potencialidad, sin opresión y con el estímulo del diálogo constante con las demás culturas. No es pues, la cultura nacional, un todo uniforme y compartido, *sino un espacio construido para el florecimiento de la diversidad.* En esa forma, la cultura nacional será el campo fértil y el marco de apoyo que estimule y alimente la iniciativa y la creatividad cultural de todos los mexicanos, sin exigir a las mayorías que para ello abandonen el capital intangible que poseen y que se ha formado dramáticamente al paso de los siglos.

Una política cultural orientada en este sentido tendría frente a sí tareas enormes, porque la construcción del espacio para el pluralismo implica la modificación de las relaciones que actualmente vinculan, de manera asimétrica, a las diversas sociedades y pueblos que forman a la sociedad mexicana. Significa romper la dominación económica, social e ideológica que ha mantenido un sector minoritario de la sociedad frente a los grupos que poseen culturas diferentes. Significa descentralizar efectivamente no sólo los servicios sino, ante todo, las facultades de decisión, porque cada sociedad debe estar en condiciones de gestionar su propia cultura. Significa un esfuerzo constante por devolver y ampliar el control que cada comunidad cultural debe ejercer en el ámbito de su propia cultura. Significa, en fin, destrozar moldes muy arraigados de pensamiento que nos llevan a suponer que al pueblo hay que llevarle cultura porque no la tiene, en vez de aceptar el hecho evidente de que los cimientos fundamentales de nuestra posible cultura nacional están precisamente ahí, en las capas populares que ejercen día a día una cultura que les permite identificar sus problemas e instrumentar soluciones con base en sus propios recursos.

A la educación le cabe una responsabilidad muy importante en este proceso. A la educación indígena, bilingüe y bicultural que los propios maestros han propuesto y están instrumentando. Una escuela india, preocupada por el desarrollo de sus propios pueblos y no más una escuela etnocida, impuesta, ignorante y negadora de los valores que históricamente han conservado y defendido los pueblos indios. Una escuela cada vez más incorporada a la cultura indígena, más identificada con cada grupo, con cada lengua. Una educación, en fin, que viene de abajo, no impuesta desde arriba. Hay que aprender, hay mucho que aprender del mundo indio.

Termino aquí y sólo deseo subrayar un punto general: en México no hay una cultura nacional, pero esto no se debe a la existencia de diversas culturas, sino a que no hemos sido capaces de crear el espacio adecuado para su convivencia. Grandes fuerzas, nacionales e internacionales, juegan hoy en contra de un proyecto de pluralismo cultural; este cuenta entre otros apoyos con el respaldo de ser una necesidad histórica ante la que no podemos cerrar los ojos.